

## HOMILIA PREDICADA EN LA MISA DEL DIA DE SAN FERNANDO, 30 DE MAYO DE 1990, POR EL REVERENDO P. AGUSTIN ARRENDONDO, S. J.

*En el transcurso del año, la vitalidad acostumbradamente callada e inadovertida de las reuniones semanales de los amigos de la Ciudad Católica, surge con especial brillantez, solemnidad y concurrencia de los simpalizantes en esta nuestra celebración anual.*

*En toda obra, semejantes reuniones tienen intenso sentido sociológico; porque con nuestra afluencia manifestamos de un modo especial la satisfacción, no tan expresada habitualmente durante el año, por la labor iniciada en su día y continuada luego con agrado y estima. Al reconocer y aprobar todas, con nuestra asistencia, la obra de todos, sentimos aquí realizada la exclamación del Espíritu Santo en el Salmo CXXXII: «Qué hermoso es y qué placentero que conoivan los hermanos en unidad».*

*Y en reunión como la nuestra, no podía faltar la nota religiosa. ¡Si es extender el Reino de Dios lo que pretendemos! Y es la fiesta de nuestro Patrono lo que hoy nos reúne. El altar de Dios tenía forzosamente que ser nuestro punto de cita para comunicar al Altísimo nuestro gozo, agradecerlo como a causa primera de nuestra labor, y sacar del contacto con El el aliento, el espíritu y la fuerza que nos sostengan en esta ltnea que presumimos por El trazada.*

*Las lecturas que hemos oído y la evocación de la vida de nuestro santo Rey nos ayuden a ello.*

*Las dos despedidas bíblicas, la de San Pablo ante aquella tan querida comunidad de Mileto, y la de Cristo entre los suyos momentos antes de rematar su vida mortal, contienen ideas algo afines, afectadas enfáticamente por la excepcional emoción visceral de sendas circunstancias.*

*«Os dejo en manos de Dios y de su palabra», dice Pablo; «yo les he dado tu palabra», dice Cristo a su Padre. Y esa palabra «que es gracia», mediante la cual «tiene Dios poder para construirnos» haciéndonos «ser uno», es lo que ante todo nos atrae en la edificación de la Ciudad Católica en orden a entregarnos, dedicarnos y «consagrarnos en la verdad», como ora aquí por nosotros Cristo, que al día siguiente, al dar cuenta al presidente Pilato del sentido de su vida entre nosotros, le dirá que es a dar testimonio de la verdad a lo que había venido al mundo.*

*Viene a propósito de la realeza que para Sí afirma, esta manifestación de lo que significa para Cristo la verdad. Y también el Rey Fernando, verdadero Rey él de este mundo, precisamente porque lo era aún más del otro, toma la guarda de la verdad y la consiguiente defensa de la fe como capitulo primero de toda su gesta militar y de todo su gobierno pacífico.*

*Según sus mismas palabras, es la propagación y la defensa de la*

je lo que le lleva a la guerra, que consiguientemente nunca declarará a príncipe alguno que fuere cristiano. Y es la promoción de la vida cristiana lo que le hace restuarar las diócesis reconquistadas de Murcia, Andalucía y Extremadura, lo que le hace fundar la universidad de Salamanca y emprender la construcción de las catedrales de Osma, Palencia, León, Burgos y Toledo.

Pero el testimonio de esa verdad una vez conocida, está en las obras. Así lo mostró Jesucristo; y Pablo también; y el Rey Fernando también. Y esa verdad que hace una cosa con Cristo a los que la aceptan, tiene luego variadas aplicaciones concretas según las varias circunstancias que a cada uno le ha tocado vivir.

Cristo nos habla de haber hecho siempre la Voluntad de su Padre; de que la luz que seamos nosotros ilumine nuestras buenas obras, con las cuales se cuenta; de que la luz que es El eolte que se pierdan en las tinieblas nuestros pasos, que también se presuponen; y que viviendo en el mundo odiados por el mundo sean guardados del mal; dice, en fin, «Yo me consagro», como víctima redentora, que lleva hasta sus últimas consecuencias la obediencia a su Padre y la salvación del mundo.

Pablo, por su parte, quiere a sus discípulos pastores de un rebaño, y no sólo maestros de una escuela. Hay que vigilar, porque cuando él los deje surgirán «lobos feroces que incluso arrastrarán a los discípulos». «Durante tres años» los atendió con todo cuidado, al tiempo que «sus manos trabajaban para ganar lo necesario para sí y los suyos, y para socorrer a los necesitados».

Y el Rey de Castilla y León muere extenuado a los cincuenta y cuatro años, proyectando continuar sus conquistas allende el Estrecho de Gibraltar, después de una vida de eficaz e intenso trabajo tanto en la guerra como en la paz. Dan fe de lo primero las ciudades conquistadas de Murcia y Jaén, de Córdoba, Mérida y Sevilla. Y de su gobierno en tiempo de paz, la humanidad y prudencia de sus medidas de gobierno, el cultivo de las artes y las letras, la oficialización del castellano, que substituyó al latín en aquellos años, el poner en marcha el código jurídico de las Partidas que habría luego de redactar su hijo el Rey Sabio; y la misma destreza con que se valió de personas relevantes cuyos consejos adoptaba en sus resoluciones.

Así crea la armada de Castilla, capaz de ir por el río hasta Sevilla, merced a la pericia del almirante Bonifaz. Repetidamente se aconseja asimismo de las opiniones del arzobispo Rodrigo Jiménez de Rada. Y convive sobre todo con su avisada madre Berenguela, valerosa provisor de la administración mientras al Rey le absorbían los quehaceres bélicos.

A su madre le debía Fernando la corona de Castilla y de León. Separada de Alfonso IX de León tras la declaración de nulidad de su matrimonio por el estrecho parentesco de ambos, y después de la legitimación de su hijo Fernando por el papa Inocencio III, muere Enrique I, hijo del Alfonso de las Navas de Tolosa, y recayendo el derecho de sucesión sobre la también hija de éste, Berenguela, apresura ella su investidura real, para trasladar pocos meses después su corona a la cabeza de Fernando.

Así frustró las temidas aspiraciones del Rey de León sobre el trono de Castilla; y murió éste después de haber desheredado a Fernando para que no le sucediera en León, a Berenguela le toca también gestionar con la viuda de Alfonso, Teresa de Portugal, que la corona de

León venga al fin sobre las sienes de Fernando, por convertirlo así las dos reinas madres, a cambio de una suma de dinero que periódicamente libraría Fernando en favor de las dos infantas hijas de Alfonso y Teresa. Se unen así, decisivamente, en uno los reinos de Castilla y León por la habilidad de aquella mujer cuyos consejos oía con interés el Rey, a decir del hijo de éste, Alfonso el Sabio.

Obras, inspiradas en ciertos principios. La Ciudad Católica no piensa en la técnica de la guerra, ni en ejercer la acción política directamente, ni el gobierno y administración concreta de la sociedad. No está hecha para imitar en eso a aquel Fernando, ni para convertir a sus miembros en los fernandos modernos que tanta jalia hacen. Su carisma es proveer a sus adictos de la sana estructura teórica que prepara al católico español para toda acción social que cada uno después afronte por su cuenta en la familia, en la profesión, en la vida ciudadana o en el mundo de la política. No rehúye los comentarios sobre hechos que la vida social ofrece y puedan, y deban, ser valorados a la luz de su ideario; y éste, mediante la lectura, el estudio, la enseñanza y la difusión editorial, es lo que propaga en un mundo que, aun sin saberlo, vive rabiosamente sediento de estas normas y principios.

Finalmente, las últimas palabras de Pablo en aquella despedida constituyen toda una clave de soluciones en la vida social. También es palabra de Cristo, referida por Pablo, y vivida por ambos, y por el santo Rey.

Cristo enuncia en el monte ocho bienaventuranzas. Que no son las únicas. El mismo nos lo enseña, señalando al menos otras dos en diversas ocasiones. A aquella mujer entusiasta en la alabanza a la Madre de Jesús, le dice: Más bien bienaventurado el que oye la palabra de Dios y la practica. Igualmente dirá a Tomás que se había mostrado tarde en creer: Bienaventurados los que creyeren sin haber visto. Y la bienaventuranza que ahora nos ocupa es también dicha por Jesús, aunque no consta en los Evangelios. Escritos hay también no contenidos en la Biblia, que atribuyen unas y otras enseñanzas al Señor. Pero ahora es San Pablo, y Pablo sí es Biblia, quien nos ha dejado, «las palabras del Señor Jesús: Más vale dar que recibir. Más dichoso es el que da que el que recibe».

Cristo y su Apóstol Pablo dieron de verdad. Algo grande tenía que ser el sonido de esa máxima en el corazón de Pablo, que recuerda en aquella última enseñanza el socorro con que había que atender a los necesitados.

También Fernando dedica su vida a dar; y da su sonrisa bondadosa; y da sus desvelos por la recta gobernación de sus reinos; y da su misericordia con los prisioneros y los necesitados; y da dando a Dios su mayor servicio y reconocimiento en vida, honrando de modo insigne a la Reina del Cielo, Santa María, y cerrando su existencia mortal con aquel acto humilde y encendido de su última comunión en el umbral de la eternidad.

Los que creemos en que ese dar más que recibir es salida automática de cualquier erial en que en lo social nos encontremos, nos hemos reunido aquí para dar lo más que tenemos y que apreciamos, recibido de Dios para que podamos dárselo. El reciba para su gloria en acción de gracias este sacrificio eucarístico, y nos conceda en retorno todo género de bendiciones para seguir nuestro camino, dando con éxito; y que, a ejemplo de nuestro Patrono San Fernando, sea cuan grande nuestra eficacia en la construcción de la Ciudad Católica.